

En fin, dos peripecias terribles terminan esta asquerosa epopeya, cuyos dos héroes buscan en el suicidio un refugio contra la justicia humana.

La causa Soufflard tiene todo el interés de la mas terrible novela, pero le deja al lector la enseñanza ó el ejemplo de las consecuencias inevitables de una primera corrupcion y de los castigos necesarios que amenazan al crimen.

Aquí se hallarán en su cínica crudeza, las costumbres, los recursos, las frases técnicas, las indicaciones especiales de carácter y de temperamento de esa turba asquerosa que cae sobre la sociedad como sobre una presa que la pertenece, que desconoce el trabajo, que vive del crimen, y que muere por haberlo cometido.

Durante el año 1836 y parte del 37, un número considerable de robos ejecutados con maestría y felicidad, habian escitado la inquietud de la poblacion parisiense, y despertado á la policia. Sospechaban vagamente la existencia de una de esas asociaciones monstruosas de malhechores que se organizaban entonces con la mayor facilidad en París. Porque, aun despues de la ley de 1832, que se dirigia á intentar la primera reforma de vigilancia, pronunciada por el código de 1810, habia aun en París en 1838, cuatro ó cinco mil hombres que andaban sueltos, condenados la mayor parte de ellos por la antigua ley, es decir, que podian hacer ilusoria la vigilancia á que estaban sujetos pagando una caucion. El robo proporcionaba recursos al impuesto con que se gravaba al ladron, y muy á menudo la libertad, comprada de este modo, servia para preparar nuevos crímenes.

Súbitamente se cometió el 5 de junio de 1838, un horrible asesinato que fue causa de que se siguiera la pista á la inmundada asociacion que hasta entonces habia sabido burlar las pesquisas mas rigurosas de la justicia.

Habia entonces en el mercado del Temple una familia conocida mucho tiempo hacia en el comercio de colchones y demás efectos de cama. El señor Renault tenia un puesto en el mercado y vendia en él en compañía de una hija suya de quince años, en tanto que su mujer se quedaba en el almacen que tenian en la casa, que habitaban calle del Temple, núm. 91. Desde el puesto se enviaba al almacen, y de este al puesto, á los parroquianos que no habian cerrado trato ó que no habian encontrado lo que buscaban en una de las dos partes.

Apreciado de todo el mundo el matrimonio Renault, tenia fama de ser bastante rico.

La casa de la calle del Temple, tenia la entrada por una alameda guardada por un portero. La habitacion de la familia y el almacen, estaban en el piso tercero. La puerta de entrada tenia tres cerraduras, y daba á un corredor estrecho, largo y oscuro.

El 5 de junio, Renault se habia propuesto llevar á paseo á su mujer y á su hija despues de medio dia. A cosa de las tres, envió á su hija á casa para que ayudara á su madre á vestirse. Minutos antes habian subido la escalera de la casa de Renault dos hombres: dos de esos malhechores que no retroceden ante el asesinato al ir á cometer un robo.

La hija de Renault encontró cerrada la puerta del cuarto, y tan justa como si se la hubieran echado los tres candados que la protejian ordinariamente en ausencia de sus dueños. Por lo visto, habia salido su madre.

La jóven no oye el menor ruido, vuelve á bajar, y le pregunta al portero que tampoco sabe darle razon de nada: asi es que se vuelve al puesto, y su padre la da una llave para que llame á la puerta de modo que la oigan. La jóven vuelve á su casa; al llegar al tercer piso y cuando no la faltaban sino cuatro escalones para llegar al tramo en donde vive, se cruza con un hombre que lleva una levita azul, y oye que dice á otro hombre que sale de su propio cuarto: «Cierra la puerta.» Este segundo individuo que viene hácia ella, y á quien le da de lleno en la cara la luz que entra por una ventana de la escalera, lleva una levita de color de castaña. «No cerreis, señores, que voy yo á entrar», les dice la jóven. Pero ya estaba cerrada la puerta, y los dos hombres bajaban por la escalera saltando los escalones de cuatro en cuatro.

Con haber subido la escalera un poco mas de prisa, con haberse adelantado algunos segundos, la pobre niña se hubiera hallado á la puerta de su cuarto cuando el primer asesino iba á salir. Hubiera visto la sangre que habia en el suelo, los asesinos la hubieran hecho entrar dentro á la fuerza, y en vez de uno, se hubieran hallado dos cadáveres al abrir la puerta.

Sorprendida la jóven de que aquellos dos hombres hubieran echado á correr sin contestarla, llamó á la puerta del cuarto, pero no habia nadie que pudiera oirla; entonces volvió á llamar una y otra vez, impaciente é instintivamente sobresaltada: de pronto reparó en unas manchas de sangre que habia en el suelo. Horrorizada, bajó la escalera gritando, pasó por delante del portero y empieza á echar miradas de loca por la calle. La portera la pregunta qué la sucede. «He llamado, dice, á la puerta de nuestro cuarto, y mi madre no me ha respondido. ¡En el tramo de la escalera hay sangre, y sin duda la han asesinado! ¡Dios mio! ¡Dios mio!» En la horrible confusion de aquel momento, nadie echó de ver que se habia cometido un robo de consideracion.

En seguida corren á buscar á Renault; llega este, y como la puerta continúa cerrada, coje una piqueta de albañil y la derriba. Apenas entra en el cuarto cuando vé á su infeliz esposa tendida en el suelo y bañada en su sangre. «¡Dios mio! esclama, y al mismo tiempo se arroja sobre ella. ¡Todavía está caliente! esclama el desdichado.» La pobre mujer acababa de espirar minutos antes.

Se levantó el cadáver, que estaba tendido boca abajo nadando en su sangre. La víctima tenia diez y siete puñaladas, en la mano, en el cuello y en el vientre. Las de la mano eran profundas y debian haber sido hechas por un hombre vigoroso. Una cuchillada que habia recibido en la sien, la habia partido el carrillo. Una de las heridas del vientre era bastante grave, pero no habia producido derrame; en la garganta tenia entre otras, una que habia penetrado hasta la laringe. Pero la mas horrorosa de las heri-